

A la poeta Nieves Muriel, a la que admiro, la traje al mundo su madre en Melilla. Una ciudad que según la ley de algunos padres está en Europa y según la de otros está en África. Asuntos por lo que siempre andan peleando en litigios varios que nos afectan siempre a las que más a las mujeres.

Yo diría de ella que nació en una ciudad con mucha luz, el lugar en el que estaba su madre cuando llegó el momento de alumbrarla, añadiendo así más luz al mundo. Seguro que desde ese momento y aun antes ella empezó a hablar con su niña, de modo que Nieves debió de enamorarse pronto de las palabras, de la lengua materna, primero hablando y luego leyendo la colección de poesía de la editorial Torremozas, a la que estaba suscrita su madre. Después estudió Filología hispánica en la Universidad de Granada y se acercó a un lugar privilegiado de la palabra y de la libertad femenina: el Centro de Investigación de mujeres Duoda, de la Universidad de Barcelona, para ser *magistra* en Estudios de la Diferencia Sexual. Con todos estos pasajes y recorridos no tuvo más remedio que ser poetisa. Y lo es a lo grande.

Nieves nació y vive en la calidez de un sur. Siempre la imagino en lugares a los que para llegar hay que cruzar un mar y eso ya le da un halo de misterio y aventura. Cruzando el mar, con el viento a favor, o volando como un pájaro, es como nos ha llegado su libro de poemas *Carta de la Sirena*, que ha ganado el premio Juana Castro de Poesía de 2016. Un libro con muchos poemas-carta que, en realidad, son una sola carta, un solo poema. Cartas-poema como las pequeñas oraciones que son todas ellas una, la oración, la salmodia, el rezo.

He leído su obra así, como una carta larga y bellísima de esas que siempre nos ha gustado tanto escribir y recibir a

las mujeres y que ella recupera en un momento en el que se dice que están destinadas a desaparecer. Se dice y ocurre por un afán de acelerar la vida economizando relaciones, tiempo, belleza y originalidad en la economía llamada de progreso o productiva. Una economía que tiene mucho de ruina de lo vivo.

Una carta de verdad, como este libro, sabemos que detiene el mundo, te pone en situación y te lanza a imaginar escenas, te deja hacer disgresiones, parar, levantar la vista, soñar. Una carta revela y oculta, dejando entrever el sentir de quien la envía y llevando a sentir a quien la lee.

Carta de la Sirena comienza con dos citas inspiradoras de Hannah Arendt y de Marina Tsvietáieva. La primera, leída hoy, tiene un sentido profético porque nos alerta para que no perdamos de vista el efecto que pueden tener en nuestras vidas las máquinas, las técnicas, los artilugios, que no solo no aseguran lo elemental para la vida humana, sino que lo obstaculizan prometiendo siempre avances que luego no son tales.

Marina Tsvietáieva habla de los suspiros que ella, como Emily Dickinson, expresa con guiones, cosa que también hace Nieves sirviéndose además de otras formas de decir que ella va intercalando en sus versos: las maneras de disponer las líneas, los signos ortográficos, los tipos de letra, las mayúsculas. Ella se desenvuelve con la soltura de quien sabe que la lengua es suya, de su madre, de las mujeres y de los hombres que aprenden de ellas.

Nieves escribe a una enemiga misteriosa que está en ese otro mundo que ahora llamamos virtual, “sin portal ni puerto que ampare mis palabras”, un mundo que ella no quiere compartir, porque no quiere perder, abandonar su lugar, su mundo real: “No quiero sumergirme en esas aguas a las que me convoca” y rechaza el tópico de que “una imagen vale más que mil palabras” y también el de que se pueda “Escuchar sin sentir”.

En sus versos deja caer palabras que yo no conocía, como astroide o candora, y evoca flores misteriosas como la rosa negra de Halfeti, que me hacen ir a consultar con gusto el diccionario para acercarme a su mundo.

Nieves me recuerda la libertad y el descaro en la escritura que tanto me sorprendió la primera vez que leí a Milagros Rivera, una que escribe con hondura, belleza y precisión diciendo exactamente lo que quiere, sin dar vueltas ni ocuparse del qué dirán. Así, Nieves nos cuenta que siempre hay salida:

[...] la pequeña Estornina
me dio un dulce
consejo.
Ten siempre en la mente
el vuelo

O nos habla de la violencia masculina contra las mujeres con un punto de ironía, sin perder de vista nunca su peligro, pero sin dejar que te aplaste:

[...] Le dejé sin merienda.
Todo el bosque lo sabe y
ese vetusto azor no me perdona.
[...]

O muestra cómo elige su camino, un camino propio:

Y ahora.
Ahora solo bordo
lo que me viene en gana.
[...]

Sin perder su capacidad de navegar hacia donde ella elige:

Allá donde me lleves
Sabré elevar las velas
de esta barca pequeña

De las cuatro cartas que hay en el libro, la que ella llama carta primera es una respuesta a la bella enemiga que le pide referencias reales de existencia -blogs, fotografías y *facebook*- y se dirige a ella como “Mi querida enemiga”, explicándole que no sabe nadar ahí, en esas aguas, que no quiere.

La segunda carta, también dirigida a su bella enemiga, la encabeza con un “Mi querida querida” y le cuenta las dotes ocultas que están en las cuatro cualidades de las bienaventuradas -las nacidas con el sexo de su madre-: Ligereza y Claridad, Pasividad y Obediencia. También le enseña con siete poemas los siete nombres del viento. Escondido entre ellos, ha camuflado otro poema que habla de la historia de un amor del que no se conservan fotografías.

En la tercera carta, quien escribe se nombra ya como sirena y dice de su gusto por el género epistolar, las palabras, los bordados y la historia, el lenguaje de las aves y sus vuelos. Su enemiga ya ha dejado de serlo y aquí aparece la semejanta, a veces herida, en la que se reconoce. Y aparece la violencia sexual masculina, la que no tiene nombre que se entienda, porque es un espacio de terror sin límites del que solo se puede salir gracias al consejo de otra: por arriba, volando.

La última carta es la historia de un bordado y una despedida para siempre de la sirena, más dulce y conciliadora, la que ha resistido y se va con una exclamación que llena de esperanza. En este apartado está mi poema favorito:

Y supe respirar.
Supe contar la historia
-bajo el agua-
nombrar a cada Noche
con nombre de mujer y
conservar la vida

Junto a él, encuentro el poema “Yo soy una Mujer”, que me gusta escuchar recitado por Nieves, con su cadencia especial y, por fin, en la posdata, la exclamación que llena de esperanza: ¡Zarpamos!

En la coda hay un pacto y una invocación al hombre nuevo, al que lo ha sido alguna vez o lo es ya y al que está por venir: el que dice la verdad y se reconoce nacido de mujer y agradecido.

Este es un libro concentrado y lleno de misterio que solo se nos va desvelando con muchas lecturas, como los libros sagrados, como los libros de oración, que necesitan de la repetición, de la lectura en voz alta hasta que, sin saber cómo, se hace la luz.

Esto es lo que me ha ocurrido a mí después de leerlo muchas veces, cada una de ellas con mayor placer que la anterior, por lo que continuaré leyéndolo como un Libro de Horas e invito a hacerlo, porque es uno de los imprescindibles de la poesía contemporánea.